

Áreas Protegidas: construyendo un pensamiento estratégico

Por Fernando Ardura

Las áreas protegidas están sometidas a debate y es deseable que ese debate no termine siendo una nueva amenaza. Últimamente, en cada evento internacional de APs hay una fiebre por encontrar nuevos enfoques sobre los que fundar nuevos paradigmas. Si hay alguna enseñanza de la experiencia argentina y americana, desde Canadá hasta Tierra del Fuego, es que no necesitamos “nuevos” enfoques, sino ampliar los enfoques históricos a partir de las nuevas demandas, amenazas y tecnologías disponibles. Cuando algunos impulsores de modas se preguntan cómo serán las áreas protegidas del futuro, deberían preguntarse si las áreas protegidas van a existir en el futuro. Porque el paradigma que hay que cambiar no es el de las áreas protegidas, sino el del desarrollo (a secas), que debe integrar la conservación de la biodiversidad como componente esencial de su sustentabilidad.

Conservación y desarrollo fueron durante años conceptos enfrentados. En las últimas décadas se buscó un diálogo y fórmulas de convivencia, pero en la praxis social sólo se pudo establecer una relación de frontera, pocas veces amable. Si persiste a futuro, esta situación será negativa para la conservación. Porque hablando de fronteras, la agropecuaria avanzará sobre los territorios silvestres en todo el planeta y es posible que las APs terminen siendo islas de biodiversidad con diferentes grados de retroceso territorial y degradación sostenida de los ecosistemas que conservan, rodeadas por océanos de desarrollo urbano y rural y sujetas, incluso, a prácticas extractivas. Y tan grave como este proceso antrópico directo es el proceso indirecto de cambio climático.

¿Qué hacer, entonces? Creemos que discutir menos el “hacia dentro” de las áreas protegidas y encarar con decisión el “hacia afuera”. Se trata de no recluir los esfuerzos conservacionistas exclusivamente en las áreas y asumir estrategias de expansión. Para eso es necesario cambiar de escala, pensando en grandes espacios territoriales de concertación, en los cuales las áreas protegidas deben constituirse en núcleos-testigos de los procesos ecológicos y bancos genéticos de los procesos de ordenamiento territorial locales. En esta ampliación del enfoque conceptual (hacia adentro y hacia afuera), la problemática de manejo de las áreas debe incorporar al entorno inmediato y mediato (zona de amortiguación y zona de influencia) y asumir su pertenencia (activa) al espacio eco-regional que las contiene. Las políticas conservacionistas necesitan redefinirse teniendo en cuenta que casi el 90% de nuestro territorio es propiedad privada y que se necesita la participación de los productores y de las comunidades. No para meter adentro de las áreas protegidas a la sociedad humana, sino para expandir la conservación de la biodiversidad en el seno de la sociedad, creando más áreas públicas y privadas y generando prácticas productivas sustentables.

Hay experiencias importantes de estas estrategias en nuestro país, como el corredor andino-patagónico, que se extiende desde el norte de Neuquén hasta Tierra del Fuego. En sus montañas, lagos y bosques se crearon los primeros parques nacionales argentinos en la primera mitad del siglo pasado. En los territorios adyacentes se desarrolló un complejo entramado de pequeñas comunidades, municipios y áreas protegidas locales que orientan su acción hacia el uso sustentable del recurso turístico, siendo la principal fuente de empleo de sus casi 300.000 habitantes. Hoy, con sus aciertos y errores, ese corredor es la mayor expresión del desarrollo sustentable en América del Sur y su configuración define una estrategia de ordenamiento fomentada por la conservación. Y un ejemplo exitoso similar lo encontramos en Península Valdés.

En esta inteligencia, nuestra Fundación está impulsando el corredor del río Uruguay, donde hemos creado 16 áreas protegidas en la costa occidental, asociados a empresas forestales, productores y municipios de Entre Ríos y Corrientes y concretado una alianza con el PN El Palmar y 4 propietarios rurales adyacentes al Parque (zona de amortiguación). El próximo paso será articular con las áreas costeras orientales de la República hermana.

Iniciativas similares, que asocian gobiernos, productores y sociedad civil se están desarrollando en las yungas, selva misionera, esteros del Iberá, la región chaqueña y el litoral atlántico patagónico.

Ésta es la estrategia que proponemos.